

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El Principito



DESTINO

Traducción de Palmira Feixas

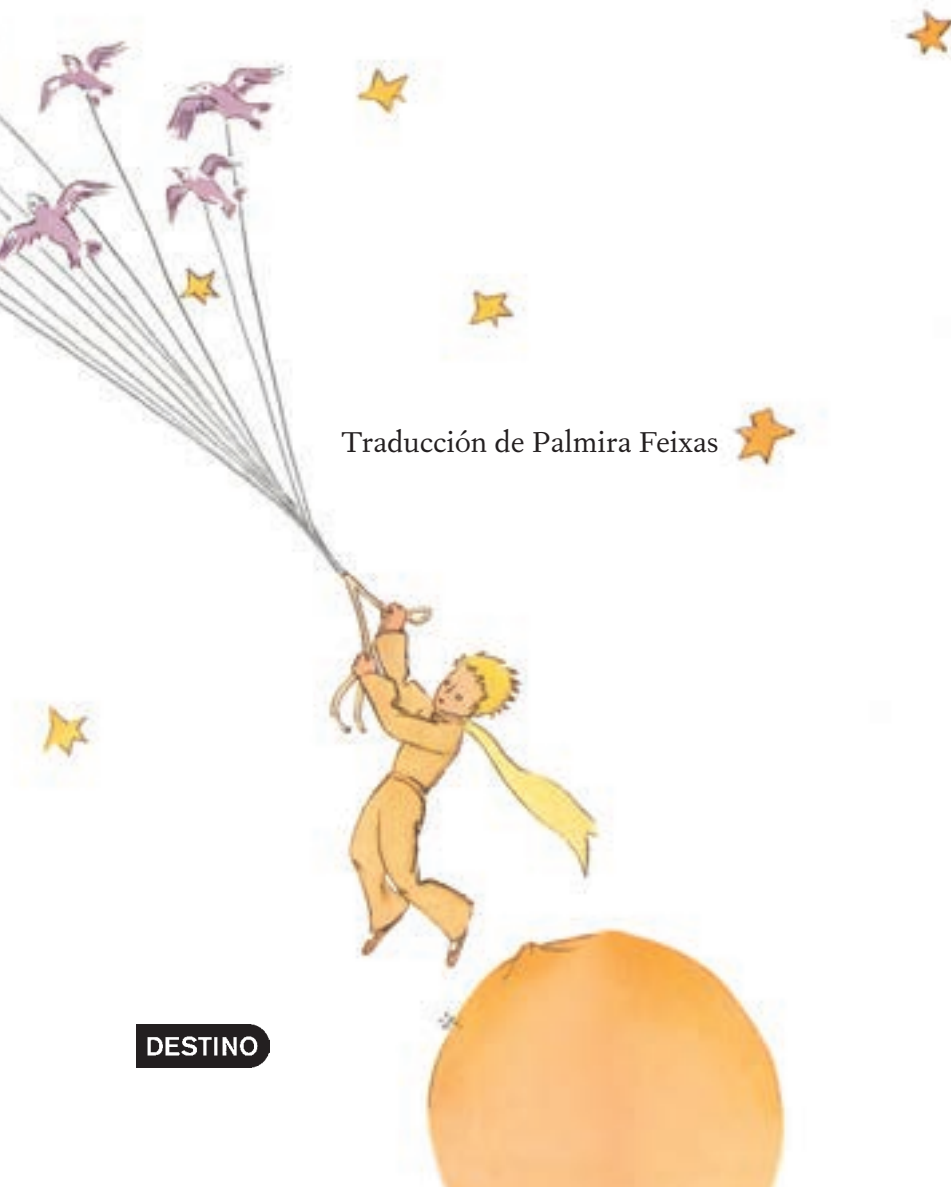
ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

El Principito

Texto original con las acuarelas del autor

Traducción de Palmira Feixas

DESTINO



*Creo que, para escaparse, aprovechó
una migración de pájaros salvajes.*



DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2025

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

www.planetadelibros.es

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Le Petit Prince*

Autor: Antoine de Saint-Exupéry

© de la traducción: Palmira Feixas, 2025

© de esta edición: Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-08-30820-1

Depósito legal: B. 13.658-2025

Impreso en España



El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I



Cuando tenía seis años, una vez vi una imagen magnífica en un libro sobre el bosque virgen que se llamaba *Historias vividas*. Representaba una boa que se tragaba a una fiera. Aquí tenéis una copia del dibujo.

El libro decía: «Las serpientes boas se tragan a su presa entera, sin masticarla. Después no pueden moverse y se pasan los seis meses que dura la digestión durmiendo».

Entonces reflexioné mucho sobre las aventuras de la jungla y, a mi vez, logré trazar, con un lápiz de color, mi primer dibujo. Mi dibujo número uno. Era así:



Enseñé mi obra maestra a los adultos y les pregunté si mi dibujo les asustaba.

Me contestaron: «¿Por qué debería asustarnos un sombrero?».

Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una boa que digería un elefante. Entonces dibujé el interior de la serpiente, con el fin de que los adultos lo entendieran. Siempre necesitan explicaciones. Mi dibujo número dos era así:



Los adultos me aconsejaron que dejara de lado los dibujos de boas, abiertas o cerradas, y que, en su lugar, me interesara por la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. Así fue como, a la edad de seis años, abandoné una magnífica carrera de pintor. Estaba desalentado por el fracaso de mi dibujo número uno y de mi dibujo número dos. Las personas mayores nunca entienden nada por sí solas y, para los niños, es agotador tener que darles siempre explicaciones...

Así que tuve que elegir otra profesión y aprendí a pilotar aviones. Volé prácticamente por todo el mundo. Y es cierto que la geografía me sirvió de mucho. A primera vista, sabía distinguir China de Arizona. Resulta muy útil si te pierdes por la noche.

A lo largo de mi vida, pues, he tenido un montón de contacto con un montón de gente seria. He vivido mucho entre adultos. Los he visto de muy cerca. Eso apenas ha mejorado mi opinión sobre ellos.

Cuando conocía a alguno que me parecía un poco lúcido, hacía el experimento con el dibujo número uno, que he conservado siempre. Quería saber si era una persona comprensiva de verdad. Sin embargo, siempre me contestaban: «Es un sombrero». Entonces no les hablaba ni de boas, ni de bosques vírgenes, ni de estrellas. Me ponía a su altura. Les hablaba de *bridge*, de golf, de política y de corbatas. Y la persona mayor se alegraba de conocer a un hombre tan razonable...

II

Viví así, solo, sin nadie con quien hablar de verdad, hasta que tuve una avería en el desierto del Sáhara, hace seis años. Se rompió algo del motor. Y como no iba ni con un mecánico ni con pasajeros, me dispuse a llevar a cabo, yo solo, una reparación difícil. Para mí, era una cuestión de vida o muerte. Apenas tenía agua potable para ocho días.

La primera noche, pues, me dormí en la arena a mil millas de cualquier tierra habitada. Estaba más aislado que un náufrago en una balsa en medio del océano. Imaginaos, pues, mi sorpresa cuando, al amanecer, me despertó una vocecilla extraña. Decía:

—Por favor..., ¡dibújame un cordero!

—¿Qué?

—Dibújame un cordero...

Me puse en pie de un salto, como si me hubiera caído un rayo. Me froté los ojos a conciencia. Miré bien. Y vi un hombrecillo realmente extraordinario que me obser-

vaba con expresión grave. Este es el mejor retrato que, más tarde, conseguí hacer de él. Pero mi dibujo no es tan encantador como el modelo, por supuesto. No es culpa mía. Los adultos me habían desalentado en mi carrera de pintor a la edad de seis años, y solo había aprendido a dibujar boas cerradas y boas abiertas.

Miré aquella aparición, pues, con los ojos como platos por el asombro. No olvidéis que me encontraba a mil millas de cualquier región habitada. Sin embargo, mi hombrecillo no me parecía ni extraviado, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo. No tenía en absoluto el aspecto de un niño perdido en medio del desierto, a mil millas de cualquier región habitada. Cuando por fin logré hablar, le dije:

—Pero... ¿qué haces aquí?

Y entonces me repitió, muy suavemente, como si fuera un asunto muy serio:

—Por favor..., dibújame un cordero...

Cuando el misterio es demasiado impresionante, no te atreves a desobedecer. Por absurdo que me pareciera, a mil millas de cualquier lugar habitado y en peligro de muerte, saqué del bolsillo una hoja de papel y una pluma estilográfica. Pero entonces recordé que había estudiado principalmente geografía, historia, cálculo y gramática, y le dije al hombrecillo (con un poco de mal humor) que no sabía dibujar. Me contestó:

—Da igual. Dibújame un cordero...



*Este es el mejor retrato que, más tarde,
conseguí hacer de él.*

Como nunca había dibujado un cordero, rehíce uno de los dos únicos dibujos que sabía hacer. El de la boa cerrada. Y me quedé atónito al oír que el hombrecillo me respondía:

—¡No! ¡No! No quiero un elefante dentro de una boa. Una boa es muy peligrosa, y un elefante, muy voluminoso. En mi casa, todo es pequeño. Necesito un cordero. Dibújame un cordero.



Entonces se lo dibujé.

Lo miró atentamente. Luego dijo:

—¡No! Este ya está muy enfermo. Haz otro.

Yo dibujaba.



Mi amigo sonrió amablemente, con indulgencia.

—¿Ves?... No es un cordero, es un carnero. Tiene cuernos...

Volví a rehacer el dibujo.



Pero lo rechazó, como los anteriores.

—Este es demasiado viejo. Quiero un cordero que viva mucho tiempo.

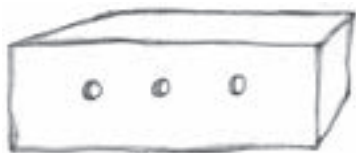
Entonces, dejándome llevar por la impaciencia, dado que tenía prisa por empezar a desmontar el motor, garabateé este dibujo.

Y solté:

—Esta es la caja. El cordero que quieres está dentro.

Pero me sorprendió que a mi joven juez se le iluminara la cara.

—¡Es exactamente como lo quería! ¿Crees que este cordero va a necesitar mucha hierba?



—¿Por qué?

—Porque en mi casa todo es pequeño...

—Seguro que bastará. Te he dado un cordero muy pequeño.

Inclinó la cabeza hacia el dibujo.

—No tanto... ¡Mira! Se ha dormido...

Y así fue como conocí al principito.